

## ¿Pueden prosperar los países ricos sin que progresen los países pobres?

Existen cuatro problemas económicos separados pero interrelacionados, que se plantean hoy día a los formuladores de políticas cuando estudian cómo establecer una economía mundial ventajosa para todos.

El primer problema es cómo restablecer el crecimiento y el progreso en los países industrializados, que parecen actualmente incapaces de recobrar el alto nivel de empleo y la baja inflación del último decenio. Es más, se prevé que las tasas de crecimiento en dichos países no superarán el 3 ó el 4 por ciento, mientras el desempleo y la inflación permanecerán a niveles sin precedentes en la postguerra.

En segundo lugar, cómo es posible acomodarse a los superávits de los países exportadores de petróleo. Los excedentes de capital de la OPEP, la mayoría de los cuales se depositan a corto plazo en los países industrializados, deben utilizarse para inversiones productivas a largo plazo, con vistas a reactivar el crecimiento económico mundial.

El tercer problema consiste en cómo ayudar a los países en desarrollo de ingresos medios a recuperar el notable ritmo de crecimiento que lograron en los años 60 y principios de los 70, a fin de que puedan guardar alguna esperanza de satisfacer las necesidades de sus poblaciones durante los próximos decenios.

El cuarto y último problema es el que plantean las sombrías perspectivas de desarrollo de los países más pobres, que se enfrentarán con una estagnación continua, a menos que se adopten medidas especiales para que se desarrollen en forma sostenida.

El cuadro que figura a continuación indica las perspectivas económicas alternativas para los países desarrollados y en desarrollo hasta el año 2000. Las cifras más elevadas se basan en proyecciones del Banco Mundial realizadas en 1976 y extendidas hasta final de siglo mediante la proyección de las tasas de crecimiento de 1975-78 estimadas por el Banco. Las tasas de crecimiento per cápita anuales son del 1,6 por ciento para los países más pobres, 3,9 por ciento para los países de ingresos medios y 4 por ciento para los países desa-

\* Documento preparado originalmente para el Overseas Development Council, de Washington D.C. Consultado con James P. Grant y James W. Howe, y confeccionado con la colaboración de Stephen Taran, Rosemary Phillips y Dorothy Seavy.

rollados. Las cifras más bajas proyectan una tasa de crecimiento de la mitad solamente.

## PERSPECTIVAS ECONOMICAS GLOBALES

Ingresos per cápita  
(en dólares EE.UU. constantes del año 1975)

	1965	1975	1985	2000
Países más pobres (menos de \$ 200 de PNB per cápita)	130	150	160— 180	180— 230
Países en desarrollo de ingresos medios (más de \$ 200 de PNB per cápita)	630	950	1,130— 1,350	1,510— 2,400
Países desarrollados	4,200	5,500	6,700— 8,100	9,000— 14,600

Estas proyecciones inferiores son las que muchos consideran como las más probables en ausencia de grandes cambios en las políticas económicas globales. Si las estimaciones más bajas tuvieran alguna probabilidad de cumplirse, ambos grupos de países se jugarían en el mejoramiento de la cooperación.

Ello podría significar la diferencia para el equilibrio de este siglo, entre el progreso global y la prosperidad; un futuro inseguro e incómodo para los países ricos y unas perspectivas cada vez más sombrías para el mundo en desarrollo.

La mayoría de los observadores están de acuerdo en que los modelos y las tasas de crecimiento de las economías industrializadas son importantes para los países pobres, ya que repercuten en la capacidad de los mismos para ejecutar sus planes de desarrollo<sup>1</sup>. Las pers-

<sup>1</sup> Un análisis cuantitativo reciente de William Cline, de la Brookings Institution, subraya la importancia para los países en desarrollo de las políticas macroeconómicas de los países desarrollados. Cline llega a la conclusión de que, en igualdad de condiciones, la economía mundial operará más eficientemente si el crecimiento de los países en desarrollo sigue una tasa estable, pero sostenida, más que un crecimiento inicial rápido seguido de estagnación, con objeto de reducir la inflación.

Las ganancias adicionales de las exportaciones obtenidas por los países en desarrollo en la primera parte del ciclo, probablemente serán menores que las ganancias de exportación sacrificadas durante la última fase.

Sus conclusiones se derivan de un análisis cuantitativo que muestra que un crecimiento económico estable, con una tasa de paro tal, que haga que la tasa de inflación no se acelere, permite las máximas ganancias del producto nacional bruto para los países en desarrollo. Por consiguiente, es muy importante pa-

pectivas de un mejor acceso a los mercados, niveles de ayuda superiores y aumento de la financiación del desarrollo no son buenas sin el crecimiento de los países ricos. Con todo, muchos comentaristas descuidan completamente la posibilidad de que el crecimiento económico continuo del mundo industrializado pueda también verse muy afectado por el progreso económico (o la falta de éste) del mundo en desarrollo. En otras palabras, no sólo los países en desarrollo dependen del crecimiento de los países industrializados, sino que ahora podría quedar claro que el progreso de los países pobres repercute en el crecimiento económico y los niveles de empleo, no sólo porque estimula la demanda de productos de los países industriales, sino también porque alivia mucho las presiones inflacionistas, que son siempre el freno principal de las medidas adoptadas para reactivar el crecimiento del Norte. Por esa razón, vale la pena considerar si las políticas que son de beneficio mutuo para los países industrializados y en desarrollo tendrán importancia creciente para todos y si se puede o no volver a proyectar el actual orden económico, para que opere más fructíferamente tanto al servicio del Norte como del Sur.

Este documento parte de la premisa de que las economías del Norte y del Sur están más estrechamente unidas que nunca. El término abreviado para describir estas vinculaciones —interdependencia global— se ha convertido en un tópico.

A pesar de que lo que estos vínculos engloban es que el alcance de las metas económicas internas en los países desarrollados dependerá en mucho mayor medida que hasta ahora del crecimiento y la prosperidad de los países en desarrollo; no obstante, casi no ha penetrado en la conciencia o la toma de decisiones de los políticos y planificadores, tanto de los gobiernos de los países desarrollados como de las organizaciones privadas.

#### DOS OPINIONES SOBRE LAS PERSPECTIVAS DE CRECIMIENTO DE LOS PAÍSES INDUSTRIALIZADOS

Existe una diferencia considerable de opinión respecto de las perspectivas de crecimiento futuro en los países industriales, después del decenio próximo.

---

ra los países en desarrollo que los países industriales crezcan con la mayor rapidez posible sin acelerar la inflación, pero que no excedan de este ritmo, imponiendo a sus economías modelos de regulación de la demanda global de "freno y aceleración" que rindan un crecimiento medio menor. William R. Cline, "The Influence of Macroeconomic Policy in Industrial Countries Upon LDC Growth", *Brookings Inflation Project Working Paper*, 1977.

Algunos analistas son del parecer que los acontecimientos que sacudieron a la economía mundial después de 1974 fueron aberrantes y que bastará aplicar una adecuada combinación de políticas económicas normales para que los países del Norte alcancen nuevamente un alto crecimiento, precios estables y un bajo índice de paro.

Otros observadores no son tan optimistas. Sostienen que la economía mundial entró en una época de cambio estructural a finales de los años 60 y principios de los 70 y que las tasas precedentes de crecimiento económico no se volverán a alcanzar, a no ser que se elaboren una serie de políticas, instituciones y criterios nuevos. El primero y quizás el más conocido ejemplo de esta escuela de pensamiento es el estudio *Los límites del crecimiento*<sup>2</sup>. Las proyecciones específicas de este estudio suelen desestimarse, pero sin embargo reina un acuerdo creciente en que los acontecimientos de los últimos años no son fenómenos anormales que desaparecerán, sino más bien señalan una serie de cambios fundamentales en la economía mundial. Tales eran las conclusiones de *La humanidad en la encrucijada*<sup>3</sup>, de Mihajlo Mesarovic y Eduard Pestel y del informe más reciente del Club de Roma, *La reestructuración del orden internacional*<sup>4</sup>. Un informe actual del GATT llega a la conclusión de que la época siguiente al final de los años 60 ha sido:

"... una encrucijada histórica, en la cual las tendencias de crecimiento largo tiempo establecidas empezaron a cambiar y una dificultad general de reajuste comenzó a dejarse sentir en las economías industriales avanzadas"<sup>5</sup>.

Otros observadores procedentes del mundo comercial y bancario han llegado a conclusiones similares. Walter Hodley, Vicepresidente Ejecutivo y Economista Jefe del Bank of America, el mayor banco estadounidense, ha identificado algunos de los mayores cambios estructurales actualmente en curso en la economía internacional: 1) crecimiento real más lento, volviendo a las tasas históricas más bajas; 2) inflación persistente (y mayor indización para amortiguar la repercusión), más un temor creciente a ulteriores pérdidas del poder adquisitivo; 3) expectativas de una vida mucho mejor con menor esfuerzo; 4) presiones masivas para una mayor equidad —de hecho,

<sup>2</sup> DONELLA H., MEADOWS, D. MEADOWS, J. RANDERS, W. BEHRENS, *The limits to Growth: a report for the Club of Rome on the Predicament of Mankind*; Universe Books, N. York, 1972.

<sup>3</sup> MIHAJLO MESAROVIC and PESTEL, *Mankind at the Turning Point the Second Report to the Club of Rome*, Dutton and Co., Inc., Reader's Digest Press, Nueva York, 1974.

<sup>4</sup> JAN TINBERGEN, *Reshaping the International Order; A Report to the Club of Rome*, Dutton Co., Inc., Nueva York, 1976.

<sup>5</sup> RICHARD BLACKHURST, *Trade Liberalization, Protectionism and Interdependence*, Gatt Studies International Trade, N°5, Ginebra, Nov. 1977.

en pro del igualitarismo, causando tensiones Norte-Sur así como urbano-rurales. Hodley llega a la conclusión que:

“... la mayoría de las viejas normas después de la segunda guerra mundial —económicas, políticas, sociales y psicológicas— se han ido para no volver y el mero deseñarlas no nos las devolverá”.

El peso de la evidencia está cada vez más con aquellos analistas que estiman que ha habido una serie de cambios estructurales en la economía internacional. Por lo tanto, en ausencia de nuevas políticas, tanto los países ricos como los pobres se enfrentan ahora con la posibilidad de un crecimiento más lento (con las tensiones resultantes y la incertidumbre entre y dentro de las naciones), restricciones constantes de las inversiones que tanto se necesitan (para la producción de materias primas y mercancías manufacturadas), y precios en alza (que traerán consigo serias consecuencias para todos los países, pero especialmente para los grupos más pobres dentro de los países).

Aquellos que pretenden que se necesitarán reajustes de gran alcance para hacer frente a las condiciones cambiadas, señalan el informe reciente del personal de la OCDE, que pronostica que las tasas de crecimiento no alcanzarán la meta del 5 por ciento fijada por los jefes de gobierno de la OCDE recién el pasado mes de junio. El informe predice que, a menos que se adopten ciertas medidas expansionistas, será improbable que las tasas de crecimiento de los países de la OCDE superen el 3 ó el 4 por ciento<sup>6</sup>.

El problema consiste ahora en que los países desarrollados y en desarrollo puedan crear un nuevo conjunto de relaciones económicas internacionales que les beneficien mutuamente, permitiendo a ambas partes alcanzar las metas económicas y sociales respectivas.

Un informe preparado para la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD) por economistas de la Universidad de Pennsylvania<sup>7</sup> apoya la aserción de que el crecimiento de los países en desarrollo afectará al bienestar de los desarrollados. Este informe concluye afirmando que un aumento de 3 puntos porcentuales en las tasas de crecimiento de los países en desarrollo no productores de petróleo daría por resultado un aumento de 1 por ciento de las tasas de crecimiento de los países de la OCDE. Una mejora del 1 por ciento de las tasas de crecimiento de los países de la OCDE aumentaría el PNB de los mismos en unos 45.000 millones de dólares anuales y crearía muchísimos puestos de trabajo. En cinco años este incremento podría significar una ganancia de al menos 225.000 mi-

<sup>6</sup> OECD *Economic Outlook*, Organization for Economic Cooperation and Development, Nº 22, París, diciembre 1977.

<sup>7</sup> *Trade Prospects and Capital Needs of Developing Countries, 1976-1980*, 15 de abril de 1976, Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo.

llones de dólares en el PNB y un incremento igualmente grande de empleos. Las ganancias secundarias serían todavía mayores.

Estas conclusiones se basan en modelos econométricos y no son definitivas. Un estudio del efecto de las acciones de los países en desarrollo sobre las economías industrializadas durante las recesiones de 1974 y 1975, confirma la conclusión general de que los países en desarrollo son importantes para el bienestar económico de los países desarrollados. La buena disposición de los países en desarrollo de continuar financiando un alto nivel de importaciones de países industriales, acudiendo a fondos prestados de fuentes oficiales y privadas y utilizando las reservas tiene . . . "una repercusión perceptible sobre las tendencias comerciales de los países desarrollados. El déficit de sus balanzas de pagos ha sostenido la demanda tanto como, digamos, una vigorosa expansión de la demanda alemana"<sup>8</sup>.

Los problemas del comercio de productos básicos, alimentación, energía y población que se examinan a continuación, constituyen algunas de las razones del interés de los países desarrollados por el crecimiento y prosperidad de los países en desarrollo. La mayoría de los estudios que se examinan se inspiran en las relaciones de los EE.UU. con el Tercer Mundo. Los argumentos se aplican, sin embargo, a los problemas más amplios de los países desarrollados. Puede haber problemas específicos de importancia mayor o menor para cada país, pero el principio de que el continuo bienestar económico y político del mundo desarrollado depende en gran medida del progreso de los países pobres hacia sus propias metas de desarrollo, es válido para todos.

#### GANANCIAS A CORTO PLAZO DE LOS SISTEMAS MUNDIALES MUTUAMENTE BENEFICIOSOS

##### *Comercio*

No hay duda de que la liberalización comercial beneficiará a los países en desarrollo (aunque los beneficios puedan ser distribuidos en forma desigual entre los países). Ciertamente, si los países ricos no reducen sus barreras comerciales, las perspectivas de crecimiento de los países en desarrollo disminuirán considerablemente.

Los países en desarrollo han conseguido un éxito notable al incrementar las exportaciones de sus productos manufacturados en los dos últimos decenios. Dichas exportaciones crecieron a una tasa de

<sup>8</sup> JOHN ATTOLSEN and JEAN L. WÆLBROECK: "The Less Developed Countries and the International Monetary Mechanism", *American Economic Review*, mayo 1976, Vol. 66, Nº 2.

cerca de un 16 por ciento anual desde 1960 hasta 1974. Las importaciones de productos manufacturados de los EE.UU., procedentes de los países en desarrollo, siguieron la misma pauta, aumentando diez veces de 1960 a 1974, pasando de 844 millones de dólares a 9.900 millones de dólares (dólares EE.UU. constantes).

Su tasa anual de crecimiento fue de cerca del 18 por ciento. Estas ganancias se obtuvieron a pesar de que las barreras comerciales a los productos manufacturados de los países en desarrollo no experimentaron rebajas importantes durante la liberalización comercial de los años 60.

Las barreras comerciales reducidas mejoran claramente la situación económica de los países en desarrollo, pero entre muchos grupos afectados de los países industriales existe una oposición creciente al costo actual del aumento del comercio con los países en desarrollo (que resulta de la liberalización comercial). Esta oposición, a su vez, ha conducido a ejercer presiones crecientes para que se adopten una variedad de medidas proteccionistas.

Sin embargo, el cuadro siguiente muestra que, en términos generales, los países en desarrollo no han sido la causa de los actuales déficit comerciales o de la pérdida de empleos en los países desarrollados, aunque haya habido algunas industrias afectadas seriamente por la concurrencia de las importaciones.

Los países en desarrollo compran más mercancías y servicios norteamericanos que muchos otros países y zonas que se cuentan tradicionalmente entre los mercados mayores para los productos estadounidenses. De hecho, durante la mayor parte de los últimos años, las exportaciones norteamericanas a los países en desarrollo crecieron a una tasa más rápida que las exportaciones a los países desarrollados.

En el período que va de 1970 a 1975, las exportaciones de los EE.UU. a los países en desarrollo que no forman parte de la OPEP experimentaron un alza de más del 19 por ciento al año, en comparación con la tasa anual media de crecimiento de otros países desarrollados, que registraron el 15,5 por ciento en el mismo espacio de tiempo. (Para algunos de los países en desarrollo de industrialización rápida, el aumento de la tasa media anual fue superior al 50 por ciento.) Estas exportaciones no sólo beneficiaron a empresas del sector exportador, sino que también proporcionaron trabajo a muchos estadounidenses. Hay buenas posibilidades de crecimiento continuo de las exportaciones de los EE.UU., ya que la demanda de los países en desarrollo está lejos de haberse saturado y podría extenderse con rapidez a medida que dichos países avancen económicamente. Si el poder adquisitivo de los países en desarrollo se mantiene (y preferiblemente se amplíe), es probable que el comercio en-

tre el Norte y el Sur se incrementa a una tasa mucho más rápida que la del comercio entre los países industrializados.

Pero el comercio con los países en desarrollo es una calle de doble dirección y a menos que los países en desarrollo puedan exportar a los Estados Unidos y a otros países industrializados, no podrán obtener las divisas necesarias para comprar, a su vez, los productos manufacturados que se producen en los países industriales.

EL COMERCIO DE MANUFACTURAS DEL MUNDO RICO CON LOS  
PAISES POBRES

miles de millones de \$

	EE. UU.			GEE			JAPON		
	Exp.	Imp.*	Bal.	Exp.	Imp.	Bal.	Exp.	Imp.	Bal.
1972									
PMD** con petróleo	1.96	0.05	1.91	5.03	0.32	4.71	1.78	0.02	1:76
PMD sin petróleo	7.61	6.13	1.48	12.79	4.23	8.56	7.14	1.19	5.95
Total PMD	9.57	6.18	3.39	17.82	4.55	13.27	8.92	1.21	7.71
1976									
PMD con petróleo	9.95	0.14	9.81	22.28	0.62	22.66	9.01	0.08	3.93
PMD sin petróleo	18.47	14.82	3.65	25.70	11.05	14.65	16.38	3.52	12.86
Total PMD	28.42	14.96	13.46	48.98	11.67	37.31	25.39	3.60	21.79

\* El comercio norteamericano se indica FOB-FOB. Sus importaciones se han incrementado aquí en un 6 por ciento para ponerlas, aproximadamente, en los términos FOB-CIF empleados por la CEE y el Japón.

Fuente: GATT, sobre la base de cifras de las NU.

(*The Economist*, 31 de diciembre de 1977).

\*\* PMD = Países menos desarrollados.

Las tendencias prevalecientes desde 1975 evidencian en forma más bien dramática que existe una interrelación directa entre el progreso de los países en desarrollo, su capacidad de comprar mercancías producidas en los países desarrollados y su repercusión en el empleo y en el crecimiento económico del mundo industrial.

La alta tasa de crecimiento de las exportaciones de los EE.UU. a

los países en desarrollo se redujo mucho durante 1976 y los 10 primeros meses de 1977. Así vemos que, mientras que las exportaciones de los EE.UU. a los países desarrollados crecieron en un 9 por ciento, las exportaciones a la OPEP disminuyeron cerca de un 3 por ciento (en dólares) entre 1975 y 1976.

La desaceleración del ritmo de compras a los Estados Unidos coincide con una fase en la cual los países en desarrollo han sufrido una serie de reveses en sus economías, originados en la recesión de los países industriales y la inflación planetaria, la cual ha aumentado drásticamente los precios que dichos países han de pagar por la energía, la alimentación y los productos manufacturados de importación.

Como resultado del mayor costo de las importaciones y de la disminución de las exportaciones (con un incremento resultante de la carga de la deuda), estos países han aminorado sus importaciones desde los países industrializados.

De hecho, la disminución de las importaciones de productos norteamericanos por los países en desarrollo no pertenecientes a la OPEP, ha contribuido al déficit comercial de los Estados Unidos. Las estimaciones de la OCDE indican que de los 40.000 millones de dólares de saldo negativo que arroja la balanza comercial de los EE.UU. entre 1975 y 1977, 15.000 millones se han producido en el comercio con los países en desarrollo no pertenecientes a la OPEP<sup>9</sup>.

Está claro que la capacidad de los países en desarrollo para comprar mercaderías producidas por los países industriales tendrá una repercusión importante en el progreso económico de ambos grupos de países.

Cercenar el acceso de los países en desarrollo a los mercados de los países desarrollados, va a revelarse por último como algo autodestructivo, ya que ignora los beneficios que se derivarían de la liberalización del comercio para los países desarrollados. Los beneficios del aumento del comercio son triples: el comercio proporciona empleos, reduce la inflación y mejora la competitividad a largo plazo de la economía.

Un simple cálculo indica que si los países desarrollados fueran a crecer en el decenio próximo aproximadamente con la misma tasa que en los años 60 —y si la parte de los Estados Unidos en las importaciones de los países en desarrollo fuera la misma que en el decenio último— podría preverse que los países en desarrollo importarían otros 27.000 millones de dólares más de mercancías de los Estados Unidos por año, para 1985. Utilizando proyecciones normales, este incremento podría suponer tanto como dos millones más de empleos en las industrias norteamericanas de exportación, lo que tiene

<sup>9</sup> OCDE, *Economic Outlook*, número 22, p. 8, París.

como contrapartida el número de posibilidades de trabajo que podrían perderse en caso de una liberalización comercial.

Un estudio próximo a publicarse, del Overseas Development Council (Consejo de Desarrollo de Ultramar), estima que si el comercio textil se excluye de la liberalización, las reducciones arancelarias del 60 por ciento de los productos exportados por los países en desarrollo requerirán sólo pequeños reajustes laborales<sup>10</sup>.

El estudio estima que quizás 31.500 empleos se perderían como resultado del aumento de las importaciones de los EE.UU. procedentes de los países en desarrollo. Sin embargo, dicho país podría ganar más de 20.000 empleos como resultado directo del incremento de las exportaciones, debido al reciclaje de las ganancias de exportación obtenidas por los países en desarrollo. El resultado neto arrojaría la pérdida de unos 11.000 empleos. El total es igual a cerca de una décima parte del uno por ciento del total de la fuerza de trabajo en Estados Unidos en 1976.

El hecho de que las ganancias totales para la economía superen con creces a las pérdidas de empleos directamente atribuibles al incremento de importaciones de los países en desarrollo, no debe paliar la importancia de los programas de asistencia al reajuste, con especial atención a las industrias seriamente afectadas, como el calzado y el cuero.

Un estudio en preparación de la Brookings Institution estima que los costos de un programa de asistencia a la reestructuración ascenderían sólo a 600 millones de dólares para los trabajadores y empresas afectadas por las importaciones de todos los países<sup>11</sup>.

Tanto por razones políticas como morales, la liberalización comercial no debe ser un sector en que unos pocos paguen las ganancias de muchos. Por lo tanto, un objetivo prioritario para los países desarrollados debe ser un aumento de los beneficios y una mayor liberalización de los programas actuales de asistencia, al igual que planificación anticipada para facilitar la transición de algunos tipos de industrias a otros.

Las exportaciones a los países en desarrollo estimulan a la vez el crecimiento y el empleo del país, mientras que las importaciones de los mismos países tienen una repercusión favorable sobre la inflación.

El estudio de la Brookings Institution indica que una reducción a escala mundial del 60 por ciento de los aranceles actuales, reduciría los precios de las importaciones lo suficiente para rebajar el Índice de Precios al Consumidor de los Estados Unidos en una cuarta

<sup>10</sup> THOMAS BIRNBERG, *Trade Relations Between Rich and Poor Countries*, Overseas Development Council, Washington D.C.

<sup>11</sup> WILLIAM R. CLINE, et al. *Trade, Welfare, and Employment Effects of Multilateral Trade Negotiations in the Tokio Round*. The Brookings Institution, Washington, D.C.

parte del uno por ciento, aproximadamente, lo que no es poco, dada la gran preocupación que reina en el país ante cualquier alza de precios. Además, las importaciones más baratas sirven también para reducir la inflación, pues hacen la competencia directa a los productores locales y aumentan así la eficiencia nacional.

Pero los efectos secundarios pueden ser mucho mayores. El mismo estudio llega a la conclusión de que las ganancias sociales en los Estados Unidos, resultantes del paro evitado gracias a la repercusión antiinflacionista, podrían elevarse a 14.000 millones anuales, haciendo ascender los beneficios sociales totales, derivados de efectos más convencionales del libre comercio —tales como economías de escala, alicientes a la competitividad y aumento de la eficiencia— hasta en un tercio.

Estimular la demanda del mundo en desarrollo para las exportaciones de los países industriales puede ser también una forma no inflacionista de restaurar el crecimiento dentro de las economías de la OCDE. Si es verdad que las presiones inflacionistas obstaculizarán cada vez más la adopción de políticas que aceleren el crecimiento y disminuyan el desempleo en los países industrializados, entonces será muy recomendable aplicar una política macroeconómica, que estimule las importaciones por parte de los países en desarrollo, de los productos de los países industriales.

Tal política incrementará la demanda de mercaderías de los países industrializados, sin el mismo efecto directo inflacionista del consumo interno adicional o del aumento de los gastos gubernamentales debidos a las políticas fiscales expansionistas.

El Comisario de las Comunidades Europeas, Claude Cheysson, y un informe del Comité del Presupuesto del Senado de los EE.UU. han sugerido, cada uno por su lado, que el método mejor y menos inflacionista de recuperación de los países OECB sería estimular la demanda de importaciones por parte de los países en desarrollo. Según el informe del Senado "... Mayor demanda exterior significa que se requerirá menos en el interior. El aumento de las importaciones de las economías desarrolladas y de otros países deudores reducirá también la necesidad de estímulos fiscales y déficit presupuestario en los Estados Unidos" <sup>12</sup>.

Un ejecutivo de la Singer Company sacó a colación un tema similar al escribir que el aumento del crecimiento económico de los países en desarrollo podría "... servir para fomentar las exportaciones de las naciones industrializadas. Y estas mayores exportaciones

<sup>12</sup> "The International Economy and the Federal Budget", preparado por el Comité del Presupuesto, Senado de los Estados Unidos, 30 de diciembre de 1976, p. 12.

podrían a su vez tener un efecto multiplicador en la inversión, el crecimiento, e incluso las exportaciones norteamericanas".

Finalmente, quienes desean restringir el crecimiento del comercio entre los países industriales y los países en desarrollo ignoran el hecho de que los factores básicos de la producción internacional pueden estar en un proceso de cambio.

Como concluye un informe reciente del Banco Mundial: "El modelo internacional de ventajas relativas está cambiando rápidamente y los países en desarrollo se están convirtiendo en proveedores de una amplia gama de manufacturas. Simultáneamente, la producción se estanca y el empleo disminuye en los sectores correspondientes de los países industrializados. Este es el proceso que hace esperar la teoría y la historia económica, pero se está realizando a velocidad sin precedentes, por lo que no tiene nada de extraño que esta vasta reestructuración de la economía mundial cree fricciones y suscite respuestas defensivas. Es evidente que existe el potencial para una expansión considerable de la especialización internacional, aunque el ritmo de aprovechamiento de las oportunidades será determinado en gran medida por las políticas económicas, tanto de los países industrializados como de los países de nueva industrialización"<sup>13</sup>.

Si esta conclusión es correcta, los países industriales tendrán que operar los cambios necesarios para absorber las exportaciones crecientes de los países en desarrollo, no sólo para sostener la demanda de sus propias exportaciones y reducir la inflación, sino también para mantener a largo plazo las ventajas relativas de sus posiciones económicas.

### *Los productos básicos*

Los precios de diversos productos y materias primas han sido la gran preocupación de los países ricos desde las alzas de comienzos del 70 y de los países pobres por un período considerablemente más largo.

Ambos bandos han llegado a comprender que los acuerdos efectivos sobre productos básicos reportarán beneficios substanciales a los países, tanto industriales como en desarrollo.

Si se proyectan convenientemente, los acuerdos sobre estabilización de precios prevendrían igualmente las fluctuaciones excesivas de éstos y darían la certidumbre que estimularía el incremento de las inversiones y la explotación de nuevas fuentes de materias primas (así como la explotación a fondo de las fuentes existentes).

Funcionarios de los países desarrollados reconocen ahora que mientras los incrementos en los precios de los productos básicos tien-

<sup>13</sup> *Prospects for the Developing Countries, 1978-1985*, Personal de Política de Desarrollo, Banco Mundial, noviembre 1977, p. 44.

den a producir un aumento general de los precios, la flexión subsiguiente de dichos precios no se refleja completamente (por un sinnúmero de razones) en el precio final de los productos terminados.

Este es el llamado "efecto del trinquete", que quiere decir que aunque los precios suelen subir, raramente bajan. Como resultado, se institucionaliza la inflación.

Asimismo, los países desarrollados preocupan por los precios de los productos básicos a causa de: 1) que un rápido incremento de los precios de los productos básicos puede motivar pérdidas importantes en la producción y el empleo; 2) que fluctuaciones amplias de los precios de los productos básicos suelen originar una falta de inversión en nuevas capacidades en las fases primarias y de producción.

Sin tales inversiones, la oferta no puede satisfacer la exigencia de una reactivación del crecimiento en años sucesivos, presionando los precios más hacia el alza.

Un análisis reciente simula lo que hubiera podido ocurrir si un grupo de ocho productos básicos "capitales" (café, coco, té, caucho, yute, sisal, cobre y estaño) y otros cinco productos (trigo, arroz, lana, bauxita y mineral de hierro) hubieran estado amparados por acuerdos de estabilización de precios durante el período 1963-1972<sup>14</sup>.

El estudio concluye que las entradas de los países en desarrollo habrían experimentado un alza de cinco mil millones de dólares en valor descontado actual durante todo el decenio.

Las ganancias económicas para los Estados Unidos tan sólo del paro que se logró evitar y la pérdida del PNB que se salvó, que habrían resultado de la reducción de las presiones inflacionistas, hubieran ascendido a 15.000 millones de dólares en el decenio. Además, tanto los países desarrollados como los países en desarrollo se beneficiarían de la menor incertidumbre en la planificación, las tasas más altas de inversión para los productores a causa de la disminución del riesgo y la ampliación de la oferta para los consumidores a consecuencia del aumento de la inversión.

Otro estudio patrocinado por la OCDE muestra que la ganancia social neta, en un lapso de 20 años, de una reserva de estabilización de 15 millones de toneladas de trigo, tanto por las repercusiones internas como por el comercio internacional, se elevaría a 2.500 millones de dólares<sup>15</sup>.

Esta cifra modesta no tiene en cuenta ninguna ganancia en la producción macroeconómica, que podría lograrse gracias a la reduc-

<sup>14</sup> JERE R. BERHAM, *International Commodity Agreements: An Evaluation of the UNCTAD Integrated Commodity Programme*. Series de monografía número 9. Overseas Development Council, NIED.

<sup>15</sup> LANCE TAYLOR, et al., *Grain Reserves, Emergency Relief and Food Aid*. Overseas Development Council, NIED.

ción de las dificultades en el control de la inflación y el incremento resultante de empleos.

Por ejemplo, una reserva alimentaria global evitaría la repetición de la experiencia del 1973-1974, cuando una insuficiencia de un tres por ciento de la producción del grano produjo un incremento de más del 300 por ciento de los precios, aumento que contribuyó a la inflación planetaria.

Finalmente, el tiempo requerido para incrementar la producción de muchas materias primas es cada vez mayor y a no ser que se adopten medidas en el futuro próximo para aumentar las inversiones en aquellas industrias, es muy probable que se operen alzas espectaculares de precios en los años 80. Ello da la preferencia no sólo a los acuerdos sobre reservas de estabilización, sino también a los acuerdos que brindan seguridades contra los riesgos políticos.

La propuesta estadounidense de crear un Banco Internacional de Recursos, cuya base sea multilateral, podría facilitar la seguridad financiera y política para garantizar la inversión continua en nuevas exploraciones y producciones.

#### FINANCIACION DEL DESARROLLO Y ENDEUDAMIENTO

El gran aumento del endeudamiento de los países en desarrollo y la necesidad resultante de continuar el crecimiento y la expansión de sus exportaciones, para hacer frente al desembolso de la deuda, es otra razón de por qué la relación entre el crecimiento y el progreso de los países en desarrollo y desarrollados ha adquirido tanta importancia en los últimos cinco años.

Los países en desarrollo, no exportadores de petróleo, acumularon una deuda pública global (incluyendo la no desembolsada) que creció en un 84 por ciento entre 1972 y 1976, alcanzando un nivel estimado de cerca de 171.000 millones de dólares a finales de 1976.

La deuda privada no garantizada por los Gobiernos de los países en desarrollo podría añadir otros 25-30.000 millones a aquella cantidad, lo que elevaría la deuda total de dichos países a unos 200.000 millones de dólares.

La carga de la deuda recae desigualmente sobre varios países; gran parte de ella, especialmente la contraída con los bancos privados, recae en los países en desarrollo de ingresos medios. Para algunos países, los pagos del servicio de la deuda absorben más del 20 por ciento de las ganancias obtenidas con sus exportaciones.

Los analistas difieren en sus puntos de vista sobre la seriedad del problema mundial del endeudamiento.

Los pesimistas opinan que, a causa de la subida de los precios del petróleo y de los productos manufacturados, el endeudamiento

de los países en desarrollo crecerá hasta tal punto que tal vez les sea imposible pagar sus deudas.

Las instituciones financieras privadas de los países desarrollados, especialmente en los Estados Unidos, se enfrentarán con el dilema de prestar más, con graves riesgos, o correr el peligro de que los mayores países deudores no paguen<sup>16</sup>.

La opinión optimista sostiene que la deuda de los países en desarrollo no es demasiado grande si se tienen en cuenta el crecimiento de la exportación y de la inflación, y que los principales prestatarios se las arreglarán para pagar sus deudas en pocos años.

El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional mantienen este punto de vista, que también es compartido por un estudio reciente de la OCDE sobre el problema del endeudamiento<sup>17</sup>.

La opinión optimista parece tener razón en este momento, pero es probable que se llegue a una encrucijada peligrosa cuando finalice el decenio presente, cuando los numerosos préstamos a corto plazo aceptados por los países en desarrollo en la época de la crisis del petróleo empiecen a vencer.

El estudio de la OCDE señala que los peligros potenciales a largo plazo son: 1) el aumento de la carga del servicio de la deuda proyectado para el año 1982; 2) la posibilidad de que los bancos comerciales no sean capaces de ofrecer nuevos préstamos con los tipos de intereses previos o estimen prudente reducir sus riesgos en algunos países en desarrollo, por lo menos, y 3) la posibilidad creciente de que los países industrializados sólo puedan activar un crecimiento lento o incluso recaer en la recesión — una eventualidad que agitaría sobremanera el problema del endeudamiento.

Los costos de una serie de incumplimientos de los principales países en desarrollo para las economías industrializadas no pueden calcularse con exactitud. Es más, las estimaciones varían mucho, sean cuales fueren los puntos de vista de cada uno. Sin embargo, está claro que la continuidad del bienestar financiero de los países en desarrollo será un factor importante en la estabilidad del sistema financiero internacional y como tal, de primordial importancia para los Estados Unidos y otras economías industriales.

El sector bancario tiene que jugar un papel importante en el bienestar financiero de los países en desarrollo.

Aunque se han exagerado los riesgos que corren los bancos comerciales en el mundo en desarrollo, la impresión que causaría el

<sup>16</sup> *International Debt, the Banks, and U. S. Foreign Policy*, Informe del personal, Comité de Relaciones Exteriores, Subcomité de política económica extranjera, 1977.

<sup>17</sup> GORDON W. SMITH, *The External Debt Prospects of the Non-Oil Exporting Countries: An Econometric Analysis*. Series de monografía, número 10. Overseas Development Council NIED.

incumplimiento de un importante país en desarrollo debido a la incapacidad de cubrir el servicio de los préstamos pasados o reunir los requisitos para obtener créditos adicionales sería considerable, incluso tan sólo desde el punto de vista psicológico.

Por lo tanto, todas las partes tienen interés en mantener la capacidad del servicio de la deuda de los países en desarrollo, y en que éstos puedan seguir obteniendo nuevos créditos a fin de recobrar y/o mantener su ritmo de desarrollo.

#### LAS VENTAJAS A LARGO PLAZO DE LOS SISTEMAS GLOBALES DE BENEFICIO MUTUO

En la sección precedente se analizaron algunas de las ventajas de una serie de sistemas globales de mayor eficiencia y mutuo beneficio, que pueden revertir en los países desarrollados en el próximo decenio. A largo plazo —esto es, hasta el final de siglo— la colaboración recíproca entre países ricos y pobres en una serie de problemas globales del *sistema* será también necesaria.

Las posibilidades de obtener ganancias mutuas como fruto de la eficiencia global son considerables en tres zonas cruciales: alimentación, energía y población.

Los países ricos se enfrentarán con costos cada vez mayores —tanto directos como indirectos— si no respaldan los esfuerzos de los países en desarrollo para incrementar la producción, desarrollar nuevas fuentes de energía y crear los tipos de programas de desarrollo que son indispensables para estabilizar la población.

En cada caso, la acción conjunta en estos problemas importantes proporcionará ganancias a los países en desarrollo y contribuirá a sus esfuerzos para satisfacer las necesidades de sus poblaciones.

*Alimentación.*—La “crisis mundial” adquirió importancia para los países ricos en 1973 cuando, por toda una serie de razones, las cosechas fueron muy malas en el mundo.

El aumento resultante de la demanda de alimentos en el mercado estadounidense provocó el aumento de los precios para los consumidores y los productores.

Para mucha gente del mundo en desarrollo, sin embargo, la “crisis mundial” forma parte permanente de la realidad. Los costos astronómicos de las importaciones de alimentos, combustibles, fertilizantes y productos industriales después de 1974, exacerbaron —ya que no crearon— el problema de los países en desarrollo.

En ambos bandos, ricos y pobres, los acontecimientos de 1974 sirvieron como catalizador para una reevaluación más exacta de có-

mo se pueden satisfacer las necesidades alimentarias de los países desarrollados y en desarrollo a finales de siglo<sup>18</sup>.

La mayoría de los análisis llegaban a la conclusión de que la producción alimentaria de los países en desarrollo tiene que incrementarse drásticamente si se quiere que estos países atiendan a las necesidades nutritivas de sus poblaciones crecientes y que los productores de los países desarrollados (y especialmente de los Estados Unidos) contengan los costos encumbrados de la alimentación, que ha sido un factor tan importante de la inflación actual.

En la época 1973-1974, por ejemplo, los precios alimentarios crecientes contribuyeron tanto a la inflación de los Estados Unidos y a la global como los costos ascendentes del petróleo.

El argumento en favor del aumento de la producción de los países en desarrollo para el común beneficio de los países industriales del hemisferio norte y los países en desarrollo del sur, estriba en los hechos siguientes: en el cuarto de siglo pasado ha surgido un desequilibrio global creciente de la producción y el consumo alimentario. Los países en desarrollo, los cuales eran virtualmente autosuficientes en su producción alimentaria en 1950, tuvieron que importar 15 y 20 millones de toneladas de cereales en 1970, la mitad de los cuales en forma de ayuda alimentaria. En 1975, las importaciones de grano de esos países alcanzaron los 45 millones de toneladas.

Las proyecciones de la situación alimentaria para 1990 del International Food Policy Research Institute (Instituto de Investigación de Política Alimentaria Internacional) cuya sede está en Washington, muestran que los países en desarrollo necesitarán el triple de sus importaciones de grano, a menos que no se opere una mejora fundamental de su capacidad para producir alimentos<sup>19</sup>.

Estas proyecciones tienen muchas implicaciones adversas para los países en desarrollo: sus importaciones crecientes requerirán cantidades cada vez mayores de divisas que escasean; las importaciones de alimentos (más que el aumento de la producción interior) significan mayor desempleo y subempleo en las zonas rurales, en un momento en que la situación laboral en ambos sectores es muy grave y en que el paro entraña muy a menudo el hambre, lo cual supone que quienes ya sufren de hambre y malnutrición sufrirán aun más.

<sup>18</sup> *World Food and Nutrition Study*, preparado por el Comité Ejecutivo, NRC Estudio sobre alimentación mundial de la Comisión de Relaciones Internacionales, Academia Nacional de Ciencias, Washington, D. C., 1977. Consúltense también los informes del Consejo Mundial de Alimentación preparados para su última reunión y *Reshaping the International Order*.

<sup>19</sup> *Food Needs of Developing Countries: Projections of Production and Consumption to 1990*, diciembre 1977. Informe de investigación 3, International Food Policy Research Institute.

Las proyecciones actuales indican que será menester aumentos tremendos de la producción de cereales para satisfacer el incremento de la demanda en los países desarrollados. En 1990, la demanda de cereales en los países desarrollados habrá aumentado a 846 millones de toneladas (617 millones de toneladas en 1970); este incremento de más de 200 millones de toneladas equivale aproximadamente a la producción actual de grano en los Estados Unidos.

Durante el mismo período, la demanda en los países en desarrollo de economía de mercado, aumentará en unos 350 millones de toneladas —casi una vez y media la producción actual de los EE.UU.

Con los modelos presentes de producción, bastante más de 100 millones de toneladas de este aumento de la demanda alimentaria tendrán que cubrirse con el incremento de las exportaciones de Norteamérica en 1990, con cantidades más elevadas en adelante. Norteamérica se ha convertido cada vez más en el granero del mundo, con una ampliación de las exportaciones que han pasado de 34 millones de toneladas en 1960 a 100 millones de toneladas a mediados de los años 70.

Todas estas proyecciones tienen repercusiones importantes. Un estudio de la Academia Nacional de Ciencias ha indicado que será mucho más difícil para los Estados Unidos —el mayor exportador de cereales del mundo— y para otros países desarrollados, satisfacer las necesidades alimentarias mundiales, sin causar alzas fuertes de los precios de los cereales. Aunque no se citan cifras específicas al respecto, los incrementos de la producción y la distribución podrían ser incluso del 50 y al 100 por ciento de un decenio. La repercusión inflacionista de tales aumentos sería muy importante.

El incremento de los costos de los insumos, resultante de la necesidad de utilizar cada vez más las tierras marginales, los escasos suministros de agua y las perspectivas de disminución de los incrementos de rendimientos debidas al aumento del empleo de fertilizantes y de otros insumos de utilización intensiva de energía, es la razón de que aumenten los costos de producción.

Hasta que no haya otra generación de investigaciones básicas que aplicar, lo que llevará al menos un decenio, sólo será posible aumentar los rendimientos por hectárea a través del incremento de los insumos.

El estudio de la Academia Nacional indica que los costos de los fertilizantes aumentarán radicalmente en los años venideros, debido por lo menos a tres factores: al costo creciente de las materias primas de las que se extrae el fertilizante; a las fuertes subidas del costo de los servicios de producción de fertilizantes nitrogenados y fosfatados, y a los costos en rápido aumento del transporte y la distribución.

El costo de producción del fertilizante de urea en los países in-

dustrializados, por ejemplo, según las proyecciones, debería aumentar de 176 dólares en 1977 a 331 dólares en 1990 (en dólares constantes de 1977). La conclusión es obvia. Habrá una subida considerable de precios si América del Norte, el mayor suministrador de cereales del mundo, aumenta mucho su producción en los dos decenios próximos.

Por esta razón, es un hecho generalmente reconocido que la respuesta a los problemas alimentarios mundiales debe consistir prioritariamente en el incremento de la producción en los países en desarrollo.

Si los países del Sudeste Asiático pudieran superar los obstáculos financieros, tecnológicos y organizativos para aprovechar mejor el agua y la mano de obra y otros recursos tan infrautilizados, podrían probablemente duplicar e incluso triplicar la producción alimentaria a los niveles actuales de precios internacionales.

Lo mismo vale para la región del Sahel, que tiene capacidad potencial para colmar las necesidades alimentarias de su población en aumento, e incluso para exportar alimentos a los países vecinos.

A mayor abundamiento, existe la prueba de que en los países que cuentan con poca tierra, pero con amplias poblaciones, las explotaciones agrícolas pequeñas y de trabajo intensivo pueden producir más, por hectárea, que las explotaciones mayores, siempre que estén provistas debidamente de una variedad de servicios rurales.

Al incrementar la producción alimentaria en los países en desarrollo de manera tal que los que necesitan más que nadie que aumente el abastecimiento alimentario tengan acceso a él (lo que a su vez exige más ingresos y más empleos), se obrará en interés de los pueblos, no sólo de los países en desarrollo, sino también de los Estados Unidos y otros países desarrollados.

Sin embargo, pocos norteamericanos comprenden en la hora actual que lo que deciden los gobiernos y los dirigentes de aquellos países acerca del desarrollo rural y de la producción alimentaria en sus propios países, tendrá una repercusión considerable en los años venideros sobre los precios que los estadounidenses pagan por los comestibles en los supermercados.

El granero norteamericano no puede facilitar otros 100 millones de toneladas de exportaciones para los países en desarrollo, mientras tenga que satisfacer simultáneamente la demanda creciente tanto en Norteamérica como en otros países desarrollados, sin drásticos aumentos de precios durante los años 80 y 90, para equilibrar la oferta y la demanda.

*Energía.*—La situación energética global es otra zona en donde los acontecimientos que sucedan en el mundo en desarrollo, desde ahora hasta el final del siglo, pueden tener una repercusión importante

y directa en el crecimiento y el progreso continuo de los países industriales, y en donde las políticas alternativas pueden beneficiar tanto a unos como a otros.

El alza drástica de los precios del petróleo que ocurrió en 1973 dejó anticuadas todas las estimaciones existentes de la demanda de energía para el futuro, tanto para los ricos como para los pobres. A pesar de ello, pocas proyecciones hechas después de 1973 tienen suficientemente en cuenta las necesidades energéticas de los países en desarrollo. No consideran tampoco dichas proyecciones de qué manera los modelos alternativos de desarrollo afectarán el consumo de energía por parte de los países en desarrollo, especialmente el uso del petróleo, lo cual a su vez puede tener repercusiones diferentes sobre la economía petrolera mundial.

De hecho, casi todas aquellas proyecciones dan por sentado que los países en desarrollo no incrementarán mucho el uso de la energía como resultado del mayor ritmo de modernización de sus zonas rurales en el período contemplado por las estimaciones. O, dicho con otras palabras, todos los estudios han asumido que la gente que vive en las zonas rurales de los países en desarrollo no pasarán de las fuentes tradicionales de energía al petróleo con velocidad mayor que las registradas históricamente en esos países.

Dos hechos nos llevan a interrogarnos sobre si estas estimaciones se basan en hipótesis erróneas. Primero, la gran mayoría de los habitantes de los países en desarrollo siguen usando fuentes de energía no comerciales para la mayor parte de sus actividades; es decir, dependen de madera, estiércol, residuos de cosecha y energía animal y humana para casi toda la energía que consumen. Pero todo grado satisfactorio de desarrollo exige un fuerte incremento en el empleo de energía no humana. Segundo, existe actualmente un creciente consenso internacional en cuanto a que los programas de desarrollo han de procurar satisfacer las necesidades humanas mínimas de la mayoría de la humanidad en un arco preciso de tiempo —digamos para finales de siglo.

Realizar esta meta, sin embargo, exigirá considerables aumentos del uso de energía y los cálculos actuales indican ya que los países en desarrollo consumirán —e importarán— tanto petróleo en el año 2000 como los Estados Unidos hoy.

Naturalmente, es probable que las demandas en competencia impidan una tal expansión. Un resultado mucho más verosímil, si no se hace nada para iniciar un esfuerzo cooperativo global a fin de satisfacer las necesidades energéticas mundiales, es que el mayor poder adquisitivo de los países desarrollados les permitirá pagar el precio más alto de los suministros de petróleo restantes y que los países en desarrollo, por consiguiente, tendrán que reducir sus compras o usar mayores cantidades de sus escasas reservas de divisas

para intentar mantener los programas de desarrollo existentes. Ello acarreará probablemente el agotamiento acelerado de los suministros finitos de petróleo del mundo, el aumento de la inflación y la reducción del crecimiento y del desarrollo, especialmente de los países en desarrollo más pobres.

Aparece aquí una colusión de trayectorias, entre la confianza en la energía basada en el petróleo para alcanzar las metas de desarrollo mundial y el descenso de la producción mundial de petróleo, que la mayoría de los expertos opinan que ocurrirá antes de final de siglo.

Un criterio alternativo, sin embargo, podría mostrarse beneficioso a largo plazo para ambos grupos de países. Este enfoque vincularía la conservación del uso energético en los países desarrollados y la asistencia a los países en desarrollo, para adoptar estrategias energéticas que no se basen exclusivamente en el petróleo y los ayuden en la práctica a avanzar directamente hacia el empleo de las tecnologías energéticas postpetroleras del futuro.

Un enfoque cooperativo y global del problema energético tendería a incrementar la producción local de energía de los países en desarrollo partiendo de una diversidad de fuentes, incluyendo nuevos usos del petróleo, energía hidroeléctrica, carbón y, para aquellos que elijan tal senda, energía nuclear. Pero este criterio hace que, a largo plazo, los países en desarrollo dependan cada vez más de fuentes renovables de energía, especialmente solar. Por este camino muchos países en desarrollo empezarán a utilizar a finales de los 80 y en los 90 las que, para la mayoría de países industriales, serán las tecnologías del siglo veintiuno.

Los países en desarrollo gozan de diversas ventajas naturales que les permitirán (con apoyo suficiente de los países ricos) recurrir cada vez más a fuentes renovables de energía. En su inmensa mayoría, dichos países no cuentan con las inversiones masivas en infraestructuras energéticas basadas en el petróleo, que caracterizan a los países industrializados.

Muchos de ellos tienen más luz solar que los industriales, lo que hace que la energía solar sea la forma más apta para ellos, y sus condiciones climáticas permiten el crecimiento más rápido de la vegetación para leña y biogasificación. Finalmente, la índole descentralizada de la energía renovable la convierte en una fuente ideal de energía para programas de desarrollo rural en pequeña escala.

El criterio de cooperación para satisfacer las necesidades energéticas mundiales ofrece una variedad de beneficios para todos. Proporcionará a los países en desarrollo la oportunidad de evitar inversiones costosas (y sumamente fútiles) en tecnología energética petrolera y en infraestructuras, y orientarse rápidamente hacia el uso creciente de las fuentes energéticas del futuro.

Ambos grupos de países tienen interés en que la investigación y el desarrollo necesarios para rebajar los costos de nuevas tecnologías se pongan en marcha lo antes posible. En este caso, los países desarrollados poseen el capital y una mayor riqueza de conocimientos técnicos; los países en desarrollo cuentan con un gran surtido de energía solar primaria, necesidades ilimitadas de energía y costos menores de investigación.

Por último, en la medida que todos los países reduzcan su dependencia en el petróleo como fuente de energía, tendrán más tiempo a su disposición y libertad de acción para efectuar los difícilísimos cambios que serán indispensables para desplazarse hacia una economía energética no basada en el petróleo. Pero para que los beneficios de un tal enfoque sean recíprocos, los países industrializados —y especialmente los Estados Unidos— deben adoptar las medidas necesarias para contener los actuales sistemas dispendiosos e ineficientes de uso energético interno, a fin de fomentar una distribución más equitativa de los suministros petroleros disponibles.

*Población.*—La población mundial está creciendo a una tasa anual poco inferior al dos por ciento y la presente población de 4.000 millones de habitantes se cree que alcanzará los 6.000 millones en el año 2000, para llegar a los 11.000 millones en el segundo decenio del siglo XXI, a no ser que se adopten medidas para frenar el crecimiento de la población.

Tanta gente, casi tres veces el número actual de habitantes de la tierra, forzará al máximo la capacidad de sustentación del planeta. Este crecimiento rápido de la población está causando ya y causará ciertamente en el futuro, algunos problemas muy serios.

Hace más intensa la presión sobre la alimentación y los suministros energéticos mundiales. Obliga a utilizar cada vez más los recursos no renovables del planeta y es probable que aumente el número, y quizás incluso empeore la situación de los habitantes más pobres del mundo.

Organizar la coexistencia de algo así como 11.000 millones de personas, especialmente si aumentan los niveles de consumo, exigirá cambios de gran alcance en las instituciones políticas, económicas y sociales existentes en el mundo. La estabilización de la población mundial al nivel más bajo posible interesa tanto a los países ricos como a los pobres.

La mayoría de los observadores concuerdan en afirmar que la clave para limitar el crecimiento de la población estriba en satisfacer las necesidades socioeconómicas de la mayoría de la población pobre de los países en desarrollo. Es necesario aumentar la propaganda de las familias pequeñas, que es un requisito previo para la reducción de las tasas de natalidad.

Los programas que reducen las tasas de mortalidad infantil, ele-

van los niveles de educación, aumentan las oportunidades y los ingresos de los grupos de baja renta y elevan la condición de la mujer, revisten importancia particular para conseguir tan necesaria motivación.

Las políticas que benefician el bienestar físico de la mayoría de la gente pobre de casi todos los países en desarrollo, son afortunadamente las políticas destinadas al máximo incremento de la producción alimentaria en los países en desarrollo, mediante la utilización intensiva de mano de obra y al aumento del suministro de energía rural de fuentes renovables.

Se puede acelerar mucho la reducción de las tasas mundiales de natalidad en un momento en que puede alcanzarse la estabilización de la población en cada uno de los países. Esto se conseguirá combinando programas de planificación familiar en gran escala y bien elaborados con programas que presten atención especial a mejorar el bienestar de la mayoría de la gente pobre de los países en desarrollo.

Los países ricos y pobres tienen el mismo interés en plantear en cooperación el problema de la población mundial. Muchos países en desarrollo tienen grandes dificultades para satisfacer las necesidades humanas básicas de sus poblaciones actuales, y tendrán muchas más con el número mucho mayor de habitantes que se acumulará inevitablemente si no se plantea correctamente el problema.

Los países industriales tienen un interés directo en conseguir una población global manejable por razones de justicia y de igualdad mundiales y porque las tensiones y esfuerzos resultantes para el medio ambiente del planeta en sus vertientes políticas, económicas, sociales y físicas, plantearán probablemente algunas dificultades casi insuperables antes del final de siglo, y ulteriormente.

El problema que está suscitando una creciente atención en los Estados Unidos es el de la política de migraciones, principalmente de México y El Caribe, pero que afecta también a Europa Occidental y al Medio Oriente, en donde los países productores de petróleo están importando trabajadores del subcontinente asiático y hasta de Corea del Sur.

Los inmigrantes, sean legales o ilegales, aportan una diversidad de beneficios económicos, ya que traen técnicas y talentos, y además cubren los puestos menos atractivos y peor pagados que no interesan a los trabajadores locales. Pero acarrear también costos socioeconómicos, incluyendo las tensiones que surgen por la presencia de un gran número de extranjeros en otro país.

Los Estados Unidos parecen dar prioridad a una doble política consistente en cerrar las fronteras y en regularizar progresivamente la situación de los extranjeros, tanto legales como ilegales, que se encuentran ya en el país.

Sin embargo, algunos analistas opinan que la única manera de enfrentar la inmigración ilegal, al menos en los Estados Unidos, es atacar el problema de raíz. En otras palabras, que los movimientos migratorios de los países pobres a los países ricos no disminuirán hasta que los mexicanos y otros emigrantes no tengan perspectivas de llevar una vida decente en sus propios países.

Wayne Cornelius, del Massachusetts Institute of Technology, estima que el método menos costoso a largo plazo para reducir el flujo de la inmigración a los Estados Unidos consistiría en ampliar los programas existentes de desarrollo rural integrado que está llevando a cabo en México el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo y el gobierno mexicano. Tales programas están centrados en el aumento de los empleos en México mediante la promoción de industrias rurales en pequeña escala y la utilización intensiva de mano de obra.

Una potenciación de los programas ubicados en las zonas de México de donde procede la mayor parte de la emigración clandestina, combinado con un programa en grande escala de desarrollo rural por parte del gobierno mexicano, podría tener, según Cornelius, "una repercusión importante" en los esfuerzos por atajar la marea de inmigrantes, probablemente en un plazo que oscilaría entre los cinco y los diez años"<sup>20</sup>.

Una promesa por parte de los Estados Unidos de una mayor liberalización del comercio con México, permitiría una expansión rápida del empleo en las industrias de exportación mexicanas y además el que muchos mexicanos llevaran una vida más decente y digna en su propio país.

Debería considerarse la posibilidad de invertir en los programas de este tipo del gobierno mexicano, frente a las propuestas actuales de los EE.UU. de detener la oleada de inmigrantes con medidas restrictivas.

#### ¿PUEDE EL SUR CONVERTIRSE EN EL "MOTOR DE CRECIMIENTO" DEL NORTE?

El análisis precedente es aún excesivamente especulativo. Es necesario ahondar mucho más en el trabajo analítico para determinar las ramificaciones completas de la dependencia de los países industriales respecto del crecimiento y el progreso de los países en desarrollo, y traducirlas en recomendaciones políticas concretas.

No obstante, las indicaciones son claras: el crecimiento futuro y el bienestar del mundo industrial dependerán de lo que ocurra en

<sup>20</sup> WAYNE A. CORNELIUS, *Undocumented Immigration: A Critique of the Carter Administration's Policy Proposals*, "Migration Today" Oct. 1977.

el mundo en desarrollo; por lo tanto, trabajar en cooperación mutua brinda la única promesa real de progreso para todos.

Si el análisis presentado en este documento es correcto, no es posible ya proseguir con las políticas actuales que tienden a operar cambios marginales en las instituciones y políticas existentes, si se quiere que los sistemas políticos y económicos mundiales funcionen eficaz y equitativamente para los países ricos, por no hablar ya de los pobres.

Por consiguiente, hay que prestar seria atención a la idea de que el desarrollo de los países del Sur pueda convertirse en "el motor" del crecimiento económico mundial futuro, así como la recuperación planificada de los países europeos y el establecimiento después de la Segunda Guerra Mundial del sistema de instituciones financieras de Bretton Woods se convirtió en el "motor" del progreso económico global sin precedentes que se llevó a cabo en los años 50 y 60. Poniendo el progreso de los países en desarrollo como centro de sus políticas económicas, los países industrializados podrían asegurar igualmente el progreso futuro del Norte y el Sur.

Es más, según los datos presentados en este documento, parece probable que la elección entre continuar las políticas presentes y proceder a un esfuerzo de mayor alcance para ajustar las políticas y las instituciones a las necesidades del mundo en los próximos 25 años, podría significar una diferencia de tasas de crecimiento económico en algunos de los países desarrollados de un 1 ó un 2 por ciento al año. En el caso de los países desarrollados, la diferencia del 2 al 4 por ciento de la tasa de crecimiento en los años restantes de esta centuria, supondría un ingreso per cápita en el año 2000 de unos 5.600 dólares más y un incremento del PNB que sería equivalente al PNB de los países de la OCDE en 1975.

Un esfuerzo semejante podría representar un modelo de desarrollo para los Estados Unidos y otros países industriales que claramente siguen un mismo proceso, caracterizado por la baja inflación y el elevado desempleo que se repiten constantemente a mitad de los años 70.

Lo que se necesita es una serie de políticas globales que tengan como punto central el progreso de los países en desarrollo, tanto porque es una meta importante en sí misma, como por su repercusión en el progreso futuro de los países en desarrollo.

Este criterio: 1) daría prioridad a reformas amplias de las estructuras y políticas internacionales existentes, para acrecentar la eficiencia y la equidad del orden económico internacional, y 2) intentaría satisfacer las necesidades esenciales de los países y pueblos más pobres del mundo para finales de este siglo<sup>21</sup>.

<sup>21</sup> Se presentaron recomendaciones y análisis detallados en *The United States*

Este empeño exige cambios de las políticas actuales, que habrán de ser objeto de negociación, a fin de dar a los países en desarrollo mayor acceso a los mercados de los países industriales; estabilizar los precios de las materias primas y los productos básicos; crear una serie de nuevos sistemas globales para regular la producción y la distribución de alimentos y energía; y mejorar el acceso de los países en desarrollo a una variedad de fuentes de financiación nuevas y existentes.

Esta acción englobará a ricos y pobres en una operación de cooperación para satisfacer las necesidades humanas básicas de los millones y millones de pobres del mundo hacia finales de este siglo.

Se tratará de alcanzar los modelos internacionalmente acordados de nutrición, servicios sanitarios y educación básica y para su éxito será menester que se comprometan los propios países en desarrollo. Los países productores de petróleo deberán desempeñar un importante papel de cooperación en apoyo de esas políticas.

El "paquete" de reformas alterará el sistema internacional y resolverá el problema de las necesidades humanas, servirá a los intereses de los países en desarrollo de ingresos medios (que recibirán muchos de los beneficios de las reformas internacionales), así como a los de los países en desarrollo de ingresos bajos (que se enfrentan aún con problemas de pobreza masiva y que necesitarán transferencias en condiciones de favor para satisfacer las necesidades básicas de grandes sectores de sus poblaciones) y atenderá también a las necesidades de los países industriales en pro de una economía internacional más eficiente y en crecimiento, que contribuya a su propia expansión por medio del estímulo de la oferta y de la demanda en el mundo en desarrollo.

Por último, es importante acoplar los dos aspectos de la reforma, ya que satisface la exigencia primordial por parte de los países en desarrollo de unas relaciones políticas y económicas más equitativas entre los estados y calma la preocupación de muchos países industrializados por la repercusión de los cambios en las poblaciones de los países desarrollados y en desarrollo.

Sin embargo, no deben subestimarse los costos posibles a corto plazo en los países desarrollados y entre los mismos, incluyendo a los Estados Unidos, que podrán surgir de este conjunto de políticas.

Aumentar el acceso de los países en desarrollo a los mercados de los países desarrollados afectará a los empleos y a las empresas en ciertas industrias.

Los costos económicos del reajuste equitativo de los programas de

---

*and World Development, Agenda 1977.* Sewell y el Personal del Consejo del Overseas Development Council, Praeger, N. York.

asistencia no es probable que sean grandes, pero los costos políticos pueden a veces ser altos a causa de la oposición de grupos organizados eficazmente. También la financiación que necesitan los países en desarrollo para sufragar sus deudas y mantener el ritmo del desarrollo entraña costos presupuestarios.

Podrán existir también algunos riesgos, cambios de programas y quizás incumplimientos si los prestamistas continúan financiando a los países en desarrollo.

Entre los países de la OCDE los costos pueden variar. Los Estados Unidos y Canadá, que son almacenes continentales de materias primas y que tienen grandes mercados internos, no están en la misma posición que Japón y los países europeos que dependen del mundo en desarrollo, tanto para los mercados como para el suministro de una variedad de materias. Por último, estas políticas exigirán visión y capacidad dirigente, cualidades que han brillado por su ausencia en el mundo industrial, no sólo por parte de los políticos sino del público en general.

Pero los costos de no tratar de establecer un orden mundial mutuamente beneficioso serán altos, y, en cambio, los beneficios serían considerables. Se precisa una labor de cooperación que conceda prioridad a una mayor eficacia de los sistemas económicos mundiales, así como una mayor equidad y justicia.

No hay duda de que la reserva de productividad marginal mayor del mundo está constituida por los recursos físicos y humanos, aún inexplorados e infrautilizados, de los países en desarrollo.

Aumentando el poder adquisitivo de los habitantes de aquellos países, liberando nuevos recursos y prospectando nuevos mercados tanto para ricos como para pobres, puede lograrse un nivel mayor de comercio entre los países y en el interior de los mismos. En efecto, los países en desarrollo del Sur podrían convertirse en uno de los motores de la reactivación del crecimiento y el progreso en el mundo industrial.

Por consiguiente, volvemos a nuestra aserción inicial. El logro de las metas económicas nacionales de los países desarrollados —reemprender el crecimiento, aumentar los empleos y lograr precios más estables— dependerá más que nunca del crecimiento y la prosperidad de los países en desarrollo.

Los formuladores de políticas y el público informado de este país, de otros países industrializados y de los países en desarrollo, han de reconocer y tomar en consideración este factor.